

ban exacta cuenta de lo estrecho que era el camino de Saint-Albert, que cruzaba por entre el ribazo y un monte escarpado, que corona más allá el bosquecillo de Seugnon. En lo alto de la cuesta, en la encrucijada de la Maison Rouge, desembocaba el camino de Brigneaux-Bois á Donchery.

—Lo ves, por allí podíamos replegarnos sobre Mezieres.

En aquel momento un cañonazo salió de Saint-Mengues. En las llanuras quedaban aún jirones de niebla, y sólo se veía una masa confusa camino del desfiladero de Saint Albert.

—¡Ah! aquí están,—dijo Mauricio bajando la voz, sin nombrar á los prusianos.

¡Estamos cortados!

No eran las ocho. El cañoneo que redoblaba del lado de Bazeilles, se hacía oír también al Este, en la encañada del Gironne, que no se podía ver, era el momento en que el ejército del príncipe de Sajonia, al salir del bosque Chevalier, abandonaba al primer cuerpo, delante de Daigny. Y ahora que el 11.º cuerpo prusiano marchaba hacia Floing, abría el fuego contra las tropas del general Douay. La batalla se había generalizado por todas partes de Norte á Sur, sobre aquel perímetro de varias leguas.

Mauricio acababa de comprender la irreparable falta que se había cometido, no retirándose sobre Mezieres, durante la noche. Pero las consecuencias de aquella falta se le presentaban algo confusas. El instinto del peligro le hacía mirar con inquietud las alturas cercanas que dominaban la meseta de la Argelia.

Si no había habido tiempo de batirse en retirada, ¿por qué no se habían ocupado aquellas alturas, apoyándose en la frontera para pasar á Bélgica en el caso de ser arrollados?

Dos puntos especialmente amenazaban mucho, la altura de Hattoy, encima de Floing, á la izquierda, y el Calvario de Illy, una cruz de piedra entre dos tilos. La víspera, el general Douay había hecho ocupar el Hattoy por un regimiento, el cual, al amanecer, se había replegado harto de prisa. En cuanto al Calvario de Illy, debía ser defendido por él á la izquierda del primer cuerpo.

Los campos se extendían entre Sedan y el bosque de los Ardennes, vastos y pelados, con muchas ondulaciones, y la llave de la posición se encontraba allí, al pie de aquella cruz y de aquellos tilos, desde donde se dominaba toda la región.

Sonaron otros dos cañonazos, y después se oyó una salva completa. Esta vez vieron el humo en una altura á la izquierda de Saint-Menges.

—¡Ahora nos toca á nosotros!—dijo Juan.

Pero no llegaban los proyectiles. Los hombres, quietos, arma al brazo, se entretenían mirando la buena formación de la división segunda, situada delante de Floing, y cuya izquierda daba frente al Meuse, para poder parar cualquier ataque que viniese de aquel lado. Hacia el Este, se desplegaba la tercera división hasta el bosque del Garenne, por debajo de Illy, mientras que la primera, muy destrozada en Beaumont, se encontraba en segunda línea. Durante la noche, los ingenieros habían trabajado en construir obras de defensa y ahora, bajo el fuego del enemigo, continuaban abriendo zanjas.

Un tiroteo comenzó, al pie de Floing, pero cesó en seguida y la compañía del capitán Beaudoin recibió orden de retroceder unos trescientos metros. Llegaron á un campo sembrado de berzas, cuando el capitán dió orden de que todos se echaran al suelo.

Tuvieron que tumbarse. Las berzas estaban humedecidas por el rocío, y sus espesas hojas de oro verde contenían gotas de una pureza y un resplandor como si fueran gruesos brillantes.

—La mira á 400 metros—gritó el capitán Beaudoin.

Entonces Mauricio apoyó el cañón del chassépot sobre una berza que tenía delante. No veían nada en aquella incómoda postura: los terrenos se extendían confusos, cortados por líneas verdes, y tocó á Juan con el codo preguntándole qué es lo que hacían allí.

Juan le enseñó sobre un cerro cercano una batería que estaban instalando, y debían haberlos colocado allí para apoyarla. Mauricio, deseando saber si Honorato estaba allí con su cañón, se levantó para mirar, pero la artillería de reserva se encontraba más atrás, al abrigo de unos árboles.

—¿Quiere usted echarse, muñeco?—gritó Rochas.

Mauricio acababa de obedecer, cuando pasó una granada silbando, y desde aquel momento no cesaron. El tiro se reguló con lentitud, las primeras granadas fueron á caer más allá de la batería, que también había empezado á disparar. Además, muchos proyectiles no estallaban, se empotraban en la tierra blanda; los soldados empezaron á burlarse de la torpeza de aquellos alemanes.

—¡Vaya, vaya! Los fuegos artificiales no resultan,—dijo Loubet.

—¡Los habrán mojado!—añadió Chouteau.

El teniente Rochas tomó parte en la conversación.

Pero una granada estalló á unos diez metros, cubriendo de tierra á la compañía, y aunque Loubet decía en guasa á los compañeros que sacaran los cepillos, Chouteau palideció y se calló. No había estado nunca en ninguna acción de guerra, ni Pache, ni Lapulle; ninguno de la escuadra, excepto Juan.

Los párpados temblaban sobre los ojos algo turbios, las voces eran más débiles, como si salieran ahogadas desde las gargantas. Bastante dueño de sí, Mauricio trataba de estudiarse; no tenía miedo todavía porque no se creía en peligro, y sólo comenzaba á sentir en el epigastro una sensación de malestar, mientras que su cabeza se vaciaba, incapaz de ligar dos ideas. Su esperanza iba en aumento, como una borrachera, desde que había visto el buen orden de todas las tropas. Ya creía en la victoria, siempre que se pudiera atacar á la bayoneta.

—¡Caramba! ¡cuántas moscas!

Había creído oír el zumbido de algunas abejas.

—¡No, no; no son moscas,—dijo Juan,—son balas!

Se oyeron otros zumbidos. La escuadra entera volvía la cabeza, se enteraba. Un deseo irresistible les hacía estirar el cuello, levantar la cabeza; no podían estarse quietos.

—Oye,—dijo Loubet á Lapouille, queriendo burlarse:—cuando veas llegar una bala, no tienes más

que poner así el dedo delante de la nariz: corta el aire y la bala pasa á la derecha ó á la izquierda.

—Pero si no las veo,—dijo Lapoulle.

Una carcajada enorme estalló á su alrededor.

—¡Cómo que no las ves!... ¡Abre los ojos, tonto!... ¡Mira! ¡ahí viene una! ¿ves? ¡ahí viene otra! ¿ves?... ¿no la has visto? Esta era verde.

Y Lapoulle abría los ojos cuanto podía, ponía un dedo delante de la nariz, mientras que Pache tentaba el escapulario que llevaba, el cual hubiera querido extender para hacer de él una coraza que le cubriera todo el pecho.

El teniente Rochas, que continuaba de pie, gritó con voz guasona:

—Muchachos, nos se os prohíbe saludar las granadas. En cuanto á las balas, es inútil, hay demasiado...

En aquel momento un trozo de granada fué á romper la cabeza de un soldado en la primera fila. No lanzó un grito: un chorro de sangre y de sesos, y fué todo.

—¡Pobre hombre!—dijo el sargento Sapin, muy tranquilo y muy pálido;—¡á otro!

Pero ya no se oían. Mauricio sufría, sobre todo por el estrépito horrible. La batería que se hallaba cerca, tiraba sin descanso, atronando el espacio, haciendo temblar la tierra y las ametralladoras rasgaban el aire haciendo más ruido aún. ¿Iban á estar mucho tiempo así, echados entre las berzas? No veían nada, no sabían nada. No había medio de formarse una idea de cómo iba la batalla: ¿era una verdadera gran batalla? Por encima de la línea recta de los campos, Mauricio sólo reconocía la ci-

ma redonda, poblada de árboles, del Hattoy, muy lejos, desierto aún. En el horizonte no se veía un prusiano. Sólo se veían las humaredas, flotar, elevarse y desaparecer, y al volver la cabeza, quedó sorprendido al ver en el fondo de una encañada separada, protegida por pendientes muy fuertes, un aldeano que labraba la tierra sin prisa, guiando el arado que arrastraba un caballo grande, blanco. ¿Por qué había de perderse un día? No porque se batiesen los hombres había de dejar de crecer el trigo y de vivir el mundo.

Impaciente, no pudiendo resistir más, Mauricio se puso en pie. De una ojeada vió las baterías de Saint Menges que los cañoneaban, coronadas por vapores oscuros; volvió á ver, viniendo de Saint-Albert, el camino negro, lleno de prusianos, que pululaban, que lo invadían todo, como una horda avasalladora. Juan le había cogido por las piernas para hacerle caer al suelo con violencia.

—¿Estás loco? ¡vas á dejar el pellejo!

Por su parte el teniente Rochas juraba.

—¿Quiere usted echarse? ¡quién me ha enviado soldados que se hacen matar cuando no se les manda!

—Mi teniente,—replicó Mauricio,—¡usted está de pie!

—Yo, es muy distinto, tengo que ver.

El capitán Beaudoin estaba también de pie, muy valiente, pero no despegaba los labios; daba vueltas de un sitio á otro, sin poder estar quieto.

Siempre aguardando y nada llegaba. Mauricio se ahogaba bajo el peso de la mochila, que le aplastaba las espaldas y el pecho, en aquella postura tan

incómoda á la larga. Se había ordenado que no se quitaran las mochilas hasta que no pudieran más.

—¿Dime, vamos á pasar todo el día así?—acabó por preguntar á Juan.

—Tal vez... En Solferino estuvimos echados durante cinco horas en un campo sembrado de zanahorias.

Después añadió como hombre práctico:

—¿De qué te quejas? no estamos del todo mal aquí. Tendremos tiempo de exponernos más tarde. A cada cual le toca su turno. Si todos se hiciesen matar al principio, no quedarían para el final.

—¡Mira! ¡Mira!—interrumpió Mauricio,—mira aquel humo sobre el Hattoy... ¡Lo han tomado, ahora sí que vamos á bailar de veras!

Y durante un momento su curiosidad, en la que entraba el primer escalofrío del miedo, tuvo en qué entretenerse. No perdía de vista la cima del cerro, la única eminencia que veía, dominando la línea extensa de los campos. El Hattoy estaba demasiado lejos para que pudiera distinguir los sirvientes de las baterías que los prusianos acababan de establecer y sólo veía el humo á cada disparo, por encima de un montículo que ocultaba los cañones. Era, como lo había supuesto, una cosa grave que los enemigos hubiesen tomado aquella posición, cuya defensa había tenido que abandonar el general Douay. Dominaba las mesetas de los alrededores. En seguida las baterías, que abrían el fuego sobre la segunda división del 7.º cuerpo, la diezmaron. Ahora la puntería era más segura y en la batería francesa, cerca de la cual se hallaba tendida en tierra la compañía Beaudoin, cayeron muertos dos sirvientes.

Los trozos de las granadas hirieron á un hombre de la compañía, un furriel que perdió el talón izquierdo y empezó á gritar de un modo horrible, como si se hubiera vuelto loco.

—¡Cállate, animal!—decía Rochas.—¡Pues qué! ¡un hombre que tiene vergüenza grita tanto por un rasguño en el pie!

El hombre se calmó súbitamente y se quedó inmóvil, agarrándose del pie.

El tremendo duelo de la artillería continuó, se agravó, por encima de los regimientos, en el campo ardiente y sombrío donde no se veía un alma bajo el sol asolador. Sólo existía ese trueno continuo, ese huracán de destrucción, rodando á través de aquella soledad. Las horas pasaban y aquello no parecía acabar. Pero ya se advertía la superioridad de la artillería alemana, las granadas de percusión estallaban casi todas á enormes distancias, mientras que los proyectiles franceses de espoleta, de un vuelo mucho más corto, reventaban casi todos en el aire, antes de caer. ¡No les quedaba más recurso que el de empequeñecerse en el surco donde se encontraban medio enterrados! No tenían así el consuelo de desahogar su rabia disparando tiros, porque continuaban sin ver á nadie en el inmenso horizonte vacío.

—¿Vamos á tirar alguna vez?—decía Mauricio.—Daría un duro por ver un prusiano. Desespera á cualquiera verse ametrallado así sin poder contestar.

—¡Aguarda, hombre! ya llegará la ocasión,—decía Juan con mucha calma.

Oyeron el galope de unos caballos á la izquierda

y reconocieron al general Douay, seguido de su Estado mayor, que llegaba para darse cuenta de la actitud de sus tropas ante el terrible fuego que precedía de Hattoy. Parecía estar satisfecho, daba algunas órdenes cuando, desembocando por un caminito, el general Bourgain-Desfeuilles se presentó á su vez. Este último, aunque general de salón, trotaba sin preocuparse de los proyectiles, más testarudo cada día, con su rutina de la guerra de Africa, no habiéndose aprovechado de ninguna lección. Gritaba y gesticulaba como el teniente Rochas.

—Les espero, les espero para cuando estemos frente á frente.

Después, al ver al general Douay, se acercó.

—General, ¿es cierto que ha sido herido el mariscal Mac-Mahon?

—Sí, por desgracia... He recibido un aviso del general Ducrot, anunciándome que el general Mac-Mahon le había designado para tomar el mando del ejército.

—¡Ah! ¿es Ducrot!... ¿Y qué órdenes hay?

El general hizo un gesto de desesperación. Desde la víspera comprendía que el ejército estaba perdido, había insistido inútilmente para que se ocupasen las posiciones de Saint Menges y de Illy, para asegurar la retirada sobre Mezieres.

—Ducrot vuelve á nuestro plan, todas las tropas van á concentrarse sobre la meseta de Illy.

Y volvió á hacer el mismo gesto como para indicar que era demasiado tarde.

El ruido de los cañones se llevaba las palabras, pero su sentido llegaba perfectamente claro á oídos

de Mauricio que estaba como asustado. La cosa no era para menos. ¡El mariscal Mac-Mahon herido! el general Ducrot, comandante en jefe de todo el ejército en retirada al Norte de Sedan. ¡Y estos sucesos tan graves los ignoraban los soldados, esos pobres soldados que estaban expuestos á hacerse matar! ¡Y aquella partida tan tremenda, tan grave, entregada así al azar de un accidente, á los azares de una dirección nueva! Comprendió la confusión, el desbarajuste en que iba á caer el ejército, sin jefe, sin plan, llevado de aquí para allá, mientras que los alemanes marchaban derechos hacia el fin que se habían propuesto, con la rectitud, con la precisión de una máquina.

Se alejaba el general Bourgain Desfeuilles, cuando el general Douay, que acababa de recibir un nuevo despacho, llevado por un húsar cubierto de polvo, le llamó con violencia.

—¡General! ¡general!

Su voz era tan fuerte, tan atronadora, tan llena de sorpresa y de emoción, que dominaba el ruido de la artillería.

—¡General! ¡no es Ducrot el que el manda, es Wimpffen!... Sí; llegó ayer, en plena derrota á Beaumont, para reemplazar á de Failly á la cabeza del quinto cuerpo... Y me escribe que tenía un oficio del ministro de la guerra, ordenándole se pusiera al frente del ejército en el caso de que el mando quedara vacante... Y ya no nos replegamos, las órdenes son de volver á conquistar y defender nuestras primeras posiciones.

El general Bourgain Desfeuilles escuchaba medio atontado.

—¡Demonio!—dijo por último,— ¡pues sería preciso saber en qué quedamos! A mí, poco me importa, después de todo.

Y se fué al galope, despreocupado en el fondo, no habiendo visto en la guerra más que un medio rápido de ascender á general de división, deseando únicamente que aquella campaña tonta acabara cuanto antes, desde que disgustaba á todo el mundo.

Entonces, entre los soldados de la compañía Beau-doin fué una de risas y de burlas. Mauricio nada decía, pero era de la misma opinión que Chouteau y Loubet, que se burlaban despreciando á aquellos jefes. ¡Vaya unos jefes! ¡qué entendederas! ¿Pues no era mucho mejor irse á paseo, teniendo tales jefes? Tres generales en dos horas, tres señores que no sabían lo que se traían entre manos y que daban órdenes contradictorias! ¡Aquello era capaz de demoralizar al más santo, al más fuerte! Y volvían á salir de los labios las acusaciones fatales de traición: Ducrot y Wimpffen querían ganar los tres millones ofrecidos por Bismarck, lo mismo que Mac-Mahon.

El general Douay se había quedado delante de su Estado mayor solo, mirando á lo lejos las posiciones prusianas, como en un sueño de una tristeza infinita. Durante mucho tiempo examinó el Hattoy y sus baterías, cuyas granadas caían á sus pies. Después se fijó en la meseta de Illy, llamando á un oficial para que fuera á llevar la orden allá á la brigada del 5.º cuerpo, que había pedido la vispera al general Wimpffen, y la que le unía á la izquierda del general Ducrot. Se le oyó decir muy claro:

— Si los prusianos se apoderasen del calvario de Illy, no podríamos permanecer aquí una hora, nos rechazarían sobre Sedan.

Se marchó; desapareció con su escolta en el recodo del camino. El fuego redobló, pues sin duda habían notado su presencia. Las granadas que hasta entonces habían caído de frente, empezaron á caer de costado, viniendo por la izquierda. Eran las baterías de Frenois, y otra batería instalada en la península de Iges, que cruzaban sus tiros con los de Hattoy. Toda la meseta de la Argelia era barrida por los proyectiles. Desde entonces la posición ocupada por la compañía se hizo terrible. Los hombres, ocupados en vigilar lo que pasaba enfrente de sí, tuvieron otro cuidado más, no sabiendo á qué amenaza escapar. En un momento, tres hombres cayeron muertos, y otros dos, heridos, empezaron á gritar.

De este modo fué como murió el sargento Sapin, según había anunciado. Se había vuelto y vió venir una granada antes de que pudiera evitarla.

—¡Esta es para mí!—dijo.

Su cara diminuta, con grandes ojos, muy hermosos, sólo estaba triste. Empezó á quejarse:

—No me dejéis aquí, llevadme á la ambulancia, os lo suplico... Llevadme de aquí.

Rochas quiso hacerle callar. Brutalmente iba á decirle que cuando se tiene una herida así, no se molestaba inútilmente á los compañeros. Después, tuvo piedad.

—Aguarde usted un poco, pobrecillo, que vengan á recogerle los camilleros.

Pero el desgraciado continuaba, llorando ahora

la pérdida de la felicidad soñada que se le escapaba con su sangre.

—Llevadme, llevadme de aquí...

El capitán Beaudoin, á quien exasperaban aquellos lamentos, pidió dos hombres de buena voluntad, para que se lo llevaran hasta un bosquecillo cercano donde debía haber una ambulancia volante. De un salto, acudieron Chouteau y Loubet, cogieron al sargento uno por los hombros y el otro por los pies y se lo llevaron al trote. En el trayecto vieron que se estiraba y que espiraba en una última convulsión.

—Oye, ha muerto,—declaró Loubet.—Dejémosle. Chouteau no quería dejarlo.

—¡Quieres andar, holgazán! ¡No ves que si le soltamos aquí nos volverán á llamar!

Continuaron la caminata con el cadáver hasta el bosquecillo, lo echaron al pie de un árbol y se alejaron. No se les volvió á ver hasta la noche.

El fuego continuaba aumentando. La batería cercana había sido reforzada con dos piezas y con aquel estrépito creciente el miedo, miedo loco, se apoderó de Mauricio. No había sentido hasta entonces aquel sudor frío, aquel desfallecimiento doloroso en el fondo del estómago, esa irresistible necesidad de levantarse, de echar á correr aullando. Lo que ahora le pasaba debía ser efecto de la reflexión, como sucede con las naturalezas afinadas y nerviosas. Pero Juan, que le vigilaba, le agarró por la mano, le hizo quedarse á su lado al leer aquella crisis cobarde en el vacilar turbio de sus ojos. Le insultaba muy quedo, tratando de avengonzarle con palabras violentas, porque sabía que se enva-

lentonaba á los hombres á patadas. Otros también temblaban. Pache, que tenía los ojos llenos de lágrimas, que se quejaba involuntariamente con un lamento suave, como si fuera el grito de un niño que no podía contener.

Y le ocurrió á Lapouille tal accidente, tal revolución en las tripas, que tuvo que bajarse los pantalones allí mismo, sin tener tiempo de alejarse. Le silbaron, le tiraban puñados de tierra al verle en aquella postura grotesca, expuesto á las balas y á las granadas. Muchos hacían lo propio, sin poderlo remediar y los demás reían, se burlaban, y aquellas risas y burlas devolvían el valor á todos.

—Pedazo de cobarde,—decía Juan á Mauricio,—supongo que no vas á hacer tú lo que hacen esos... Si no te portas bien, te abofeteo.

Le daba ánimos en esa forma, cuando á unos cuatrocientos metros delante de ellos, vieron una docena de prusianos, vestidos con sus uniformes oscuros salir de un bosquecillo. Eran por fin los prusianos, esos prusianos con cascos en punta, los primeros que veían desde el principio de la campaña al alcance de sus fusiles. Otras escuadras siguieron á la primera y delante de ellas se distinguían las nubecillas de polvo que levantaban las granadas al chocar contra el suelo. Los prusianos se destacaban en el horizonte con una pureza de líneas, parecidos á soldaditos de plomo colocados en orden. Después, como continuaban cayendo granadas, retrocedieron, desaparecieron de nuevo detrás de los árboles.

Pero la compañía Beaudoin los había visto y seguía viéndolos. Los chassepots se dispararon por sí solos. Mauricio el primero disparó el suyo. Juan, Pache y Lapouille, todos los demás los imitaron. No se había dado ninguna orden; el capitán quiso mandar alto el fuego y no cedió hasta que Rochas le indicó la conveniencia de tolerar aquel desahogo. ¡Por fin dispararon sus armas, empleando aquellos cartuchos que llevaban encima desde hacía un mes sin quemar uno! Mauricio parecía otro, entretenía su miedo, aturdiéndose con las detonaciones. En el lindero del bosque no se movía ni una hoja, no había vuelto á presentarse ningún prusiano y continuaban tirando sobre los árboles inmóviles.

Después, al alzar la cabeza, Mauricio quedó sorprendido al ver á algunos pasos al coronel Vineuil, sobre su caballo grande, impasibles el hombre y el bruto, como si fueran de piedra. Frente al enemigo, el coronel aguardaba, bajo la lluvia de balas. Todo el regimiento debía haberse replegado allí, otras compañías estaban echadas en los campos cercanos, y el fuego iba aproximándose cada vez más. Y el joven vió también un poco más atrás, la bandera sostenida por el alférez. Pero no era ya aquel fantasma de bandera, anegado en la niebla de la mañana. Bajo el sol ardiente, el águila dorada brillaba, los tres colores de la seda lucían sus notas claras y vivas, á pesar del desgaste glorioso de las batallas. En pleno cielo azul, en medio de los proyectiles, flotaba como una bandera victoriosa.

¿Por qué no habían de vencer, ahora que se batían? Y Mauricio y sus camaradas tiraban rabiamente, quemaban los cartuchos, fusilaban el leja-

no bosque, donde caía una lluvia lenta y silenciosa de ramitas.

III

Enriqueta no pudo dormir aquella noche. La idea de que su marido se hallaba en Bazeilles, tan cerca de las filas alemanas, la atormentaba. A pesar de que recordaba la promesa que la había hecho de volver al menor peligro, á cada momento prestaba atención creyendo que regresaba. A las diez, cuando iba á acostarse, abrió la ventana y se puso á mirar, pasando allí muchas horas.

La noche era muy oscura y apenas se distinguía abajo, el empedrado de la calle de Voyards, un estrecho callejón oscuro, ahogado entre casas viejas. A lo lejos, hacia el colegio, solo se veía la luz temblona de un farol, y de aquel fondo subía un olor de cueva, el maullido de un gato y los pesados pasos de algún soldado extraviado. En Sedan, que se hallaba á sus espaldas, se oían ruidos y rumores no acostumbrados, galopar de caballos, rodar de carros, ruidos que pasaban como estremecimientos de muerte. Prestaba atención al rumor más leve, su corazón latía con fuerza y seguía sin reconocer el paso de su marido en la esquina de la calle.

Pasaron horas y se estremecía al ver los lejanos resplandores en el campo, por encima de las murallas. La noche estaba tan oscura que trataba de recordar los lugares. Abajo, aquella superficie pálida, eran las praderas inundadas. Entonces ¿qué hoguera era aquella que había visto encenderse y apagarse allá arriba, en la Marfée? Y por todas par-